

# Ser lo mismo, ser diferente: contra la masificación

## RESUMEN

La sociedad moderna se ha configurado, en los dos últimos siglos, como una sociedad de masas. Esto parece ser una condición *sine qua non* de su estructura y operatividad. La masificación se manifiesta no sólo en el comportamiento social sino también en el espacio físico de las ciudades en el que la construcción en serie, empleada por los estamentos públicos y por la empresa comercial, produce grandes asentamientos en los que unidades repetitivas de vivienda alojan millones de ciudadanos en condiciones variables de calidad ambiental y cultural. El artículo trata el fenómeno de la masificación del espacio habitable desde diferentes puntos de vista, mostrando cómo, entre los principios básicos del urbanismo y de la arquitectura modernos, la masificación ocupó un papel importante como propuesta de ordenamiento espacial y de provisión de vivienda para grandes grupos humanos.

**PALABRAS CLAVE:** masificación, vivienda moderna, vivienda en serie, unidad vecinal.

## ABSTRACT

### BEING THE SAME, BEING DIFFERENT: AGAINST MASSIFICATION

Modern society has become, over the past two centuries, a society of masses. This would appear to be a *sine qua non* condition for its structure and operation. Massification is expressed not only in social behavior but in the physical space of the cities in which mass construction, used for public buildings and commercial enterprises, produces large settlements in which the same housing units lodge millions of citizens with varying degrees of environmental and cultural quality. This article addresses the phenomenon of the massification of living space from different points of view, showing how, among the basic principles of urban studies and modern architecture, massification has played an important role as a proposal for spatial organization and the provision of housing to large groups of people.

**KEYWORDS:** massification, modern housing, tract housing, neighborhood unity.

## EL AUTOR:

Arquitecto. Coordinador Académico del Programa de maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador de temas urbanos y arquitectónicos en la Corporación Archivos de Arquitectura Colombiana. Recientemente publicó el libro *Bogotá siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana*.

E-mail:  
asaldarriagar@unal.edu.co

La ciudad se ha construido históricamente en un balance, a veces precario, de semejanzas y diferencias entre sus edificaciones. Desde sus orígenes las viviendas urbanas del común se basaron en pautas de semejanza, traducidas en formas específicas de disposición y de construcción de los espacios de la casa, hoy llamadas “tipos” o tipologías arquitectónicas. Los palacios o las viviendas de los sacerdotes y gobernantes se distinguieron de las demás para evidenciar claramente el poder de sus ocupantes. Mientras las primeras se agruparon en barrios, a veces densamente construidos, las otras se localizaron en lugares dominantes o privilegiados. Pero la diferenciación no fue sólo esa. Entre lo semejante se estableció la diferenciación como principio de identidad. Cada familia, cada grupo, quiso dar a sus viviendas un carácter especial, señalar su presencia en el espacio urbano. Se logró así, a través de los siglos, combinar en el espacio urbano la semejanza y la diferencia.

La masificación, una de las formas de la modernización de la sociedad urbana –manifiesta de diversas maneras desde la segunda mitad del siglo XIX–, se apoya, indudablemente, en la masificación de las mentalidades y en la construcción de imaginarios colectivos controlados “desde arriba” por los grupos de poder a través de los medios de comunicación. Las expresiones físicas de esa masificación se plasman claramente en la construcción de la vivienda en serie, cuyos tímidos inicios han dado paso a las más inverosímiles formas de repetición

de estereotipos cargados de mensajes de uniformidad, que no solucionan efectivamente los problemas de la humanidad.

### LA MASIFICACIÓN

El sociólogo estadounidense Charles Wright Mills publicó hace medio siglo un texto que hoy puede considerarse clásico en el tema de la masificación. Para él la opinión pública es un asunto importante como lo son los efectos negativos de la masificación sobre el libre ejercicio y el valor de esa opinión. Dijo:

1. En una masa, menor cantidad de personas expresan sus opiniones en proporción a quienes las reciben.
2. Las comunidades dominantes están organizadas de tal manera que es difícil o imposible para un individuo responderles inmediatamente o con algún efecto.
3. La traducción de opinión en acción está controlada por las autoridades que organizan y controlan los canales de acción.
4. La masa no es autónoma frente a las instituciones, por el contrario, agentes de las instituciones autorizadas penetran en la masa reduciendo cualquier autonomía que pueda tenerse por haber formado opinión mediante la discusión<sup>1</sup>.

Más adelante Wright Mills se refirió así al papel de los medios de comunicación en la sociedad de masas:

1. Los medios le dicen al individuo en la masa quiénes, le dan identidad;
2. Los medios le dicen al individuo lo que quiere ser, le dan aspiraciones;
3. Los medios le indican [al individuo], cómo lograrlas, le dan técnica; y
4. Le dicen cómo sentir que es lo que es, aun cuando no lo sea; le dan escapes<sup>2</sup>.

Y añadió:

Esta es probablemente la fórmula psicológica básica de los medios hoy [1956]. Pero como fórmula no está sintonizada con el desarrollo del ser humano. Es la fórmula de un pseudo mundo que los medios inventan y sostienen<sup>3</sup>.

En la visión sociológica de la sociedad de masas de Wright Mills se destaca la pérdida de autonomía del individuo masificado y el control de su identidad y de sus aspiraciones por los medios de comunicación, que no en vano llevan el calificativo de "masivos". Pero los medios tampoco son autónomos, son agentes de otros poderes, son su instrumento de dominio.

En forma paralela al surgimiento y fortalecimiento de la sociedad de masas se formaron las ideas de la ciudad moderna, en las que la masificación adquirió un papel de especial im-

portancia. La rápida expansión de las ciudades europeas a lo largo del siglo XIX, causada por el crecimiento de la industrialización y la afluencia de inmigrantes provenientes del campo e incorporados masivamente a la vida urbana, se manifestó en un principio en la formación de grandes áreas de inquilinatos y de barrios enteros de habitaciones precarias e insalubres. La solución a esa crisis, al menos parcialmente, se buscó en dos direcciones complementarias. Una de ellas fue el desarrollo de la planeación como proceso de regularización y control del crecimiento urbano. La segunda fue el desarrollo de nuevas formas de producción de vivienda en serie para ofrecerla a los obreros de las fábricas y a sus familias.

Lewis Mumford resumió el problema de la primera ciudad industrial en los siguientes términos:

Debido a que el industrialismo se propagó con gran rapidez por el mundo occidental, el problema de construir ciudades adecuadas presentaba dificultades casi insolubles. Las premisas que permitían llevar a cabo estas operaciones, empero, limitaron su éxito desde el punto de vista humano. ¿Cómo construir una ciudad coherente con los esfuerzos de mil competidores individualistas que no conocían otra ley que la de su propia voluntad? ¿Cómo integrar nuevas funciones mecánicas en un nuevo tipo de trazado susceptible de desarrollarse rápidamente, dado que la esencia misma de esa integración dependía del control de las autoridades públicas que en muchas circunstancias no existían, o que, cuando existían, no ejercían poderes excepto aquellos específicamente acordados por el Estado, que ponía los derechos de la propiedad individual por encima de todo? ¿Cómo proporcionar comodidades y servicios a los trabajadores que no podían alquilar sino viviendas miserables? ¿Cómo crear un plan físico adecuado a funciones sociales que en sí mismas implicaban la frustración? No cabe extrañarse, por lo tanto, de que los únicos planos buenos eran aquellos que se encuadraban dentro de los marcos tradicionales; en consecuencia, las ciudades históricas, bajo la dirección de una burocracia superviviente barroca (como París y Munich), constituían ambientes más favorables para trazar planos adecuados que aquellos nuevos centros donde, teóricamente, se hubieran podido seguir nuevos derroteros<sup>4</sup>.



<sup>1</sup> Ch. Wright Mills, "The Mass Society", en Eric y Mary Josephson (eds.), *Man Alone. Alienation in Modern Society*, Dell, Nueva York 1970, ps. 201-277. El texto es tomado del libro de Mills, *The Power Elite*, publicado en 1956 por Oxford University Press (Trad. cast. *La élite del Poder*, FCE, México).

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Lewis Mumford, *La cultura de las ciudades*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1959, ps. 243-244.

Si se quisiera simplificar la idea de ciudad moderna desarrollada en el mundo occidental con posterioridad a las propuestas de Munford, se distinguirían los siguientes componentes:

- La afirmación de la planeación o planificación como instrumento de normatividad y control del espacio regional y urbano;
- La noción de la "ciudad-jardín" como alternativa a la ciudad industrial densa y congestionada;
- La propuesta de la construcción en altura como alternativa de densificación del espacio urbano; y
- La vivienda en serie, agrupada de diversas formas, como la manera adecuada de solucionar la demanda creciente de unidades de habitación y, al mismo tiempo, desarrollar grandes porciones del tejido urbano.

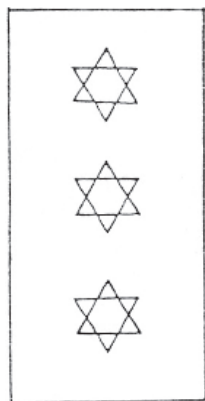
La idea de la ciudad planificada desarrollada en Europa a mediados del siglo XIX se reafirmó como el principal instrumento de control urbano a comienzos del XX. La construcción en altura se estableció en Estados Unidos hacia 1880 y después se extendió por todo el mundo. La "ciudad-jardín" apareció como propuesta en 1898, año en que se publicó el folleto titulado "Mañana" y reeditado en 1902 con el título "Garden Cities of Tomorrow", preparado por Ebenezer Howard. La idea original de Howard proponía la formación de redes urbanas con centros de distinta jerarquía y función, comunicados por ferrocarril y canales y distribuidos en forma equilibrada en el territorio rural. El interior de un núcleo urbano reproducía, a pequeña escala, una estructura en la que un cinturón verde central servía como eje principal del espacio urbano. A pesar de su modesta aparición, la propuesta cobró importancia posterior y permeó la concepción de la ciudad moderna a tal punto que, hacia 1920, la asociación entre ciudad moderna y ciudad-jardín estaba prácticamente consolidada. En versiones más avanzadas la idea de ciudad-jardín se fusionó con la de la construcción en altura, para formar el paradigma espacial de la ciudad moderna: la alternación de grandes edificios exentos con grandes zonas verdes. Los ejemplos más famosos de esta combinación son los proyectos urbanos de Le Corbusier: la Ciudad contemporánea de 1922 y la "Ville Radieuse" de 1930.

La ciudad-jardín fue asumida en dos tipos de propuestas urbanas, la del suburbio de casas individuales y también en la de la "unidad vecinal", que se definirá más adelante. La construcción en serie de vivienda se emprendió desde mediados del siglo pasado como la posibilidad de resolver problemas de vivienda y de desarrollar grandes porciones de tejido urbano con carácter benefactor, especulativo, con carácter de acción cooperativa o como intervención directa del Estado.

La construcción en altura se definió con bastante claridad en los Estados Unidos desde mediados del siglo XIX. En ella se combinaron dos propuestas diferentes y complementarias. Una de ellas es la de la densificación del espacio urbano y la otra es la de su aprovechamiento rentable. Ambas propuestas derivaron de la posibilidad de aumentar la capacidad de construcción de un predio superando las alturas existentes y aprovechando la opción abierta por el desarrollo de nuevas técnicas constructivas, en especial las estructuras de concreto y acero y por los avances en el diseño y construcción de sistemas de instalaciones mecánicas, hidráulicas, sanitarias y eléctricas. Aparte de la opción utilitaria, la construcción en altura se perfiló, desde finales del siglo XIX, como la imagen arquitectónica del progreso futuro.

En el caso de la vivienda y en particular de la vivienda económica, la construcción en altura se tradujo en el bloque multifamiliar, en el que las unidades repetitivas podían agruparse alrededor de una escalera-ascensor o alinearse a lo largo de corredores de circulación. Entre 1920 y 1930 se produjeron innumerables interpretaciones de este tipo de edificio habitacional, el que jugó parte esencial en el desarrollo posterior de la ciudad moderna. No resulta exagerado afirmar que la vivienda en serie es otro de los componentes esenciales de las propuestas modernas de ciudad formuladas y puestas en práctica desde mediados del siglo XIX. Fue también uno de los componentes esenciales en los modelos urbanos propuestos por arquitectos y urbanistas en las tres primeras décadas del siglo XX. La lógica de esta afirmación es sencilla de entender. Mediante la construcción en serie no sólo se podía intentar la solución del problema de la vivienda sino también el desarrollo de grandes porciones de tejido urbano. El futuro de la ciudad dependería del ordenamiento de esas porciones y para ello se propusieron diversas opciones dispersas o reunidas en modelos urbanos y arquitectónicos definidos.

Ya en la segunda mitad del siglo XIX se practicaban en muchas ciudades europeas tres modos diferentes de producción de viviendas en serie: la acción especulativa, la acción cooperativa y la acción estatal. La primera se basó en la construcción de barrios de viviendas mínimas para alquiler, en condiciones cercanas a la usura. La segunda, la acción cooperativa, tuvo como base las formas asociativas de obreros y empleados de las grandes empresas industriales, cuya finalidad principal o exclusiva era la de obtener vivienda, captando para ello recursos propios y los subsidios estatales disponibles para ese fin. La acción estatal, quizá la de más lento desarrollo y evolución, incluyó todo lo referente a la legislación sobre el problema urbano y de vivienda, el establecimiento de cadenas crediticias y de subsidios



para vivienda obrera y finalmente la formación de entidades encargadas directamente de proyectar y de construir los barrios de vivienda en serie.

La filosofía de la vivienda mínima se formó en Europa al mismo tiempo con el desarrollo de la construcción de vivienda en serie, relacionada a su vez con la necesidad de habitación para la clase obrera. Se plantearon, en el concepto de la vivienda mínima, un modo de vivir y una forma de hacer ciudad propias y en cierta forma exclusivas de un sector social, el más pobre. ¿Por qué mínima? Las razones económicas son más bien obvias: una persona de escasos ingresos no puede costear una vivienda grande. La vivienda se minimizó para que su costo estuviera al alcance del ingreso del obrero. Pero hubo razones de otra índole.

El II Congreso Internacional de Arquitectura Moderna fue celebrado en Frankfurt en 1929 con el lema "La vivienda para el mínimo nivel de vida". El arquitecto Walter Gropius contribuyó con un texto titulado "Los fundamentos sociológicos de la vivienda mínima para la población obrera de la ciudad" en el que se leen, entre otros, los siguientes argumentos:

La clarificación de los datos históricos de la sociedad debe seguir adelante para que se pueda encontrar el tamaño mínimo óptimo de la vivienda que satisfaga las necesidades de la vida al menor precio posible, ya que, a consecuencia del cambio de los condicionantes, el problema de la vivienda mínima no puede ser resuelto con la mera reducción del número de las habitaciones y de superficie útil de la usual vivienda de mayor tamaño. El nuevo problema debe enfocarse mediante el conocimiento de las exigencias naturales y sociales mínimas, las cuales no deben ser enturbiadas con el velo de las exigencias históricas concebidas de manera tradicional [...]

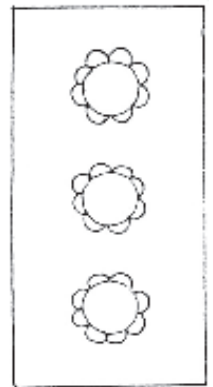
La clave de la cuestión del mínimo nivel de vida está en saber el elemento mínimo de espacio, aire, luz, calor, que el hombre necesita para desarrollar totalmente sus funciones vitales mediante un alojamiento, es decir, un "minimum vivendi" en lugar de un "modus non moriendi". El mínimo cambia según las condiciones particulares de la ciudad y región, paisaje y clima. La misma cantidad de espacio de una vivienda tiene un significado diferente en una estrecha calle de una gran ciudad que en un esponjoso barrio de las afueras. Drigalski, Paul Volger y otros higienistas han constatado que el hombre, provisto de las mejores posibilidades de ventilación y de iluminación, necesita, desde el punto de vista biológico, sólo una reducida cantidad de espacio habitable, sobre todo si los servicios técnicos del mismo están bien organizados. Para dar una idea de la superioridad de una pequeña vivienda bien organizada frente a una anticuada, basta pensar en la comparación, hecha por un conocido arquitecto, entre una refinada maleta de viaje bien compartimentada y un baúl<sup>5</sup>.

El texto de Gropius es revelador en cuanto asocia dos ideas, la de "minimización" y la de "optimización" de la vivienda y por consiguiente de los modos modernos de vida. La racionalidad implícita en estas ideas permitía creer que la habitación humana podía ser entendida y proyectada como un asunto cuantitativo, empíricamente verificable. Tras esa idea estaba la de la posibilidad de esquematizar y sintetizar, la de simplificar y reducir, como parte del nuevo modo de vida propio del mundo moderno. Pero hay diferencias sustanciales entre la simplificación como problema estético, la minimización como asunto de cantidad y la optimización como factor de calidad de vida. Los sistemas capitalista y socialista coincidieron en el reconocimiento de la inevitabilidad de la minimización de la vivienda como respuesta cuantitativa a un problema social mientras ignoraron el asunto de la calidad de vida. Lewis Mumford, por su parte, definió la vivienda moderna en los siguientes términos:

¿Qué es una vivienda moderna? La casa moderna es, ante todo, una institución biológica; y la casa es una estructura especializada dedicada a las funciones de la reproducción, de la nutrición y de la alimentación. Si hemos de ampliar esta definición diremos que la casa vivienda es un edificio dispuesto de tal manera que en él puedan prepararse y servirse con toda facilidad las comidas; un edificio donde puedan llevarse a cabo los procesos de la higiene y las medidas sanitarias, donde se pueda descansar y dormir sin las molestias provenientes del mundo circundante, donde el intercambio sexual pueda tener lugar en un ambiente privado y en todas las épocas del año, y, por fin, donde pueda criarse a los niños en condiciones favorables de compañía y supervisión<sup>6</sup>.

La vivienda "moderna" en los términos de Mumford, fue concebida como el hábitat de un nuevo ser social dispuesto a aceptar que la nueva forma de habitar en el siglo XX es austera, esquemática, eficiente y funcional. La idea de la "máquina de habitar" planteada por Le Corbusier surgió de sus estudios sobre la vivienda mínima, pero podía configurarse también en una gran "villa". La diferencia entre una gran casa, un apartamento o una vivienda mínima no se planteó en lo conceptual sino en lo cuantitativo. Todos deberían habitar en máquinas, pero de diferente tamaño.

La vivienda en serie se entendió en sus dos formas principales: las casas unifamiliares y los edificios de apartamentos. Se asoció en muchos manifiestos y documentos con la idea de la prefabricación, entendida como la producción industrial de grandes piezas destinadas a la construcción de unidades arquitectónicas. Hacia 1925 en el seno de la escuela alemana Bauhaus se produjeron prototipos de unidades prefabricadas de vivienda. Hacia 1930 y en asocio con las pro-



<sup>5</sup> Walter Gropius, "Fundamentos sociológicos de la vivienda mínima para la población obrera en las ciudades", en Carlo Aymonino, *op. cit.*, ps. 120-121.

<sup>6</sup> L. Mumford, *op. cit.*, p. 583.

puestas de la vivienda mínima se configuró un modelo de trabajo que habría finalmente de desarrollarse ampliamente en Europa en la segunda posguerra. La reconstrucción de ciudades y la producción masiva de viviendas dio impulso a la investigación y desarrollo de sistemas de prefabricación a distintas escalas, desde la prefabricación integral de edificios y casas hasta la producción de elementos ensamblables.

Es revelador el siguiente fragmento de los principios directrices de *Hacia una nueva arquitectura*, publicado por Le Corbusier en 1923:

Casas en serie

Ha empezado una gran época

Existe un espíritu nuevo

La industria, irresistible como un río que corre hacia su destino, nos proporciona herramientas nuevas adaptadas a esta nueva época, animada de un nuevo espíritu.

Las leyes de la economía gobiernan imperativamente nuestros actos y nuestro pensamiento.

El problema de la casa es un problema de nuestra época. El equilibrio de la sociedad depende hoy de él. El primer deber de la arquitectura, en esta época de renovación, es el de llevar a cabo una revisión de valores, una revisión de los elementos constitutivos de la casa.

La producción en serie se basa en el análisis y en la experiencia.

La gran industria debe ocuparse de la edificación y producir en serie los elementos de la casa.

Debemos crear el estado de ánimo de la producción en serie.

El estado de ánimo de la construcción en serie de casas.

El estado de ánimo de habitar en casas producidas en serie.

El estado de ánimo de concebir casas en serie<sup>7</sup>.

No cabe así la menor duda acerca de la legitimidad de la construcción en serie como manera de resolver los problemas habitacionales en el mundo moderno.

El concepto de unidad vecinal moderna derivó de las ideas comunitarias y cooperativistas de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX y se definió a comienzos del siglo XX como medida de vida común y como unidad urbana básica. En la unidad vecinal se resumieron prácticamente todos los elementos constitutivos de la ciudad moderna: la construcción en altura, la vivienda en serie y la ciudad-jardín. La flexibilidad del modelo permitió proponer unidades de viviendas unifamiliares, o multifamiliares, o unidades mixtas en las que uno y otro tipo de edificación puede ser combinado. La siguiente es la definición de la unidad veci-

nal (neighborhood unit) dada por el urbanista Clarence Perry en 1929:

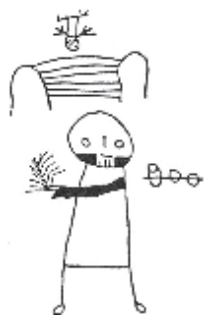
La fórmula para la unidad vecinal debe ser tal que cuando sea construida sus ocupantes sean provistos de los elementos siguientes: todos tendrán acceso conveniente a una escuela primaria, espacios adecuados para juegos y centros de compras minoristas. Además, su distrito tendrá un carácter distintivo debido a las cualidades correspondientes a su topografía y estructura, parte no menor de ellas será de menos riesgos de accidentes automovilísticos...<sup>8</sup>

Los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna celebrados en ese año y el siguiente dieron especial importancia al asunto de la vivienda y, sin hablar explícitamente de la unidad vecinal, se plantearon diversas alternativas no sólo a la construcción en serie sino a la dotación de servicios comunales y a la organización de la vida colectiva. El siguiente texto presentado por Le Corbusier en el CIAM de 1930 se orienta en esa dirección:

Podemos, pues, suprimir la calle-corredor, suprimir el patio; podemos ganar, con las cubiertas-jardín, magníficos espacios nuevos; debemos tender a una disminución sensacional del número de calles para lograr una circulación lógica; podemos ofrecer a todos los habitantes un espectáculo natural magnífico: aire, luz, vegetación, deporte, reposo, calma absoluta, etc. Podemos organizar, mediante una nueva distribución de los edificios en el suelo de las ciudades, los servicios comunes que son la verdadera liberación de la sociedad contemporánea<sup>9</sup>.

La definición de Perry era de índole práctica, Le Corbusier formuló en sus apreciaciones la filosofía implícita en la unidad vecinal: una manera diferente de repartir el suelo urbano en unidades dotadas de servicios comunes y dispuestas de tal manera que en su interior se disfrute un paisaje tranquilo, con disminución o desaparición de las calles vehiculares. Esa idea, fundamental en el desarrollo posterior del urbanismo y de la arquitectura sería interpretada de diversas maneras y adaptada en diferentes formas en los distintos lugares en que se aplicó. La misma denominación sufrió alteraciones y se acuñaron como análogos términos tales como "unidad residencial", "unidad de planificación", "condominio" y, en Colombia "conjunto cerrado". En la "Carta de Atenas", base conceptual del urbanismo moderno, promulgada en el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna de 1933, CIAM IV, y publicada tan sólo en 1941, se encuentra la siguiente insinuación de la relación entre la unidad vecinal y la ciudad:

El núcleo básico de la urbanística está constituido por la célula de habitación (una vivienda) y su inserción en un grupo representa una unidad de habitación de tamaño eficaz.[...] Para que sea más fácil dotar a las viviendas de los servicios comunes destinados a realizar con comodidad el aprovisionamiento, la educación, la asistencia médica y la utilización de las



<sup>7</sup> Le Corbusier, "Hacia una nueva arquitectura: principios directrices", en Ulrich Conrads, *Programas y manifiestos de la arquitectura del siglo XX*, Lumen, Barcelona 1976, p. 96.

<sup>8</sup> Reinaldo Posada, "Apuntes sobre agrupaciones de vivienda", Cinva, Bogotá, p. 2.

<sup>9</sup> Le Corbusier, "La parcelación del suelo en las ciudades", en Carlo Aymonino, *op. cit.*, p. 240.

diversiones, será necesario agruparlas en “unidades de habitación” de dimensiones eficaces [...] A partir de esta unidad de habitación se establecerán, dentro del espacio urbano, las relaciones entre vivienda, lugares de trabajo e instalaciones dedicadas a las horas libres<sup>10</sup>.

Lewis Mumford, uno de los defensores más apasionados de la unidad vecinal, se expresó de la siguiente manera:

Un vecindario debería ser una zona adaptada a la capacidad e intereses del niño preadolescente, una zona donde la vida diaria pudiera tener unidad y significado para él como representación de un conjunto social más grande; y en consecuencia, en los proyectos de los vecindarios deberían incluirse las industrias menores que directamente están al servicio de los mismos<sup>11</sup>.

En la ciudad moderna, en la vivienda en serie y en la unidad vecinal está implícita la concepción de una sociedad de masas y su traducción en el espacio urbano, especialmente en la vivienda. No es de extrañar entonces que se acepte y se legitime el concepto de ciudad masificada como signo inequívoco de modernización. En el mundo capitalista la masificación de la ciudad se asoció a la formación de mercado en el que se ofrecen y consumen en forma masiva los productos de la industria. Este, a su vez, requiere la formación de una apetencia y de un gusto igualmente masificados, el que se logra mediante la emisión constante de mensajes persuasivos y convincentes. El resultado final es el de una sociedad masificada en función del consumo. La ciudad debe adquirir una imagen acorde, en la que las diferencias entre individuos se sustituye por la sensación de ser “todos iguales”.

Las buenas intenciones de los urbanistas y arquitectos de comienzos del siglo XX se transformaron a lo largo de los años en fórmulas facilistas de masificación que condujeron a la construcción de una ciudad anónima, impersonal, poblada de cajones de difícil habitabilidad. El mundo capitalista las recibió con entusiasmo, pues se encontró en ellas una fuente de rentabilidad. En el mundo del socialismo este esquema tuvo fundamentos diferentes y expresiones urbanas semejantes. Se compartió, con el modelo capitalista, la masificación de mentalidades para obtener voluntades dispuestas a aceptar los dictámenes del poder. La igualdad en la producción se situó por encima de la igualdad en el consumo y éste, aun cuando escaso, se distribuyó con una equidad no siempre igualitaria. La producción de vivienda en serie fue uno de los objetivos principales de estos regímenes y para ello se empleó la prefabricación masiva de soportes, cerramientos, accesorios y unidades completas. Mientras en el mundo capitalista la uniformidad se disfrazaba con distintos ropajes historicistas, en el mundo del socialismo se expuso en toda su crude-

za. El disfraz de la arquitectura en un caso y su desnudez en el otro se han disputado el honor de ser las imágenes de este mundo masificado.

#### LA MASIFICACIÓN EN COLOMBIA

Las sociedades urbanas del Tercer Mundo han adquirido, a lo largo de los años, una estructura análoga a la de las sociedades industriales (o post-industriales), en el sentido de contar con sectores masificados de población que se expanden paralelamente a las redes de consumo y, más recientemente, a la expansión de las redes de importación de bienes producidos en los grandes centros mundiales. La formación de una sociedad de masas en los países del Tercer Mundo ha sido lenta e incompleta. Hay todavía muchos grupos humanos al margen o vinculados sólo tangencialmente con las redes antedichas. Pero la marcha de la masificación, envuelta ahora en las banderas del neoliberalismo, parece inexorable.

La masificación de la vivienda se inició en Colombia hacia 1950, con la construcción de las primeras urbanizaciones modernas de vivienda económica, por ejemplo los barrios Muzú, Los Alcázares y Quiroga y el Centro Urbano Antonio Nariño en Bogotá, obras del Instituto de Crédito Territorial. En ese momento se entendía que la clase obrera era el principal sujeto de la masificación, seguida por un sector vagamente denominado “de empleados”. Para los demás sectores sociales se continuó con la construcción de casas individuales o individualizadas en predios igualmente individuales. La asociación entre ingresos bajos o medios y masificación se veía por una parte como una solución al problema habitacional y por otra, como una forma de señalamiento social. Quien no podía acceder a una vivienda individualizada debía acogerse a los planes de vivienda en serie y para ello se le ofrecía el recurso del crédito a largo plazo.

No cabe hoy duda acerca de las buenas intenciones institucionales y personales de esos primeros esfuerzos por ofrecer vivienda digna a sectores de escasos recursos, como tampoco la hay acerca de las buenas intenciones de los urbanistas y arquitectos que proyectaron esos grandes conjuntos. La idea de bienestar social se encontraba en la raíz de su enfoque. Lo que ellos no calcularon fue que sus proyectos, racionalmente claros, funcionales y eficientes, fueran posteriormente objeto de incontables transformaciones, causadas unas por razones económicas, por ejemplo la subdivisión en apartamentos o la instalación de locales comerciales y talleres artesanales, y otras por razones estéticas. La escueta arquitectura de las fachadas debía ser personalizada, embellecida, “engallada”. La necesidad de diferenciación se acrecentó para superar la uniformidad.



<sup>10</sup> CIAM, “Carta de Atenas”, citado en Leonardo Benévolo, *Historia de la arquitectura moderna*, Gustavo Gili, Barcelona, s.f., p. 585.

<sup>11</sup> Lewis Mumford, *op. cit.*, p. 591.

Pero la gran oleada masificadora llegó después de 1970 con la formación del sistema de Corporaciones de Ahorro y Vivienda y el manejo económico de las Unidades de Poder Adquisitivo Constante, Upac. Esta política gubernamental se basó en la asociación entre la captación del ahorro privado, canalizado a través de las corporaciones y el impulso a la industria de la construcción. Como parte premeditada del esquema se formaron las grandes compañías urbanizadoras y constructoras de vivienda asociadas a las corporaciones de ahorro y vivienda y beneficiarias de ese ahorro privado. Su objetivo inicial no fue el sector de población de ingresos más bajos sino otros sectores de ingresos más elevados. Las compañías, en una asociación concertada con las oficinas de planeación de las grandes ciudades, se repartieron los terrenos periféricos para desarrollar allí sus inmensas urbanizaciones (o “upaquizaciones”, en términos del urbanista Jacques Aprile-Gnisset), hectáreas enteras de casas idénticas maquilladas con ropajes seudocoloniales, o expuestas en su insulsa arquitectura del centavo. Ese triste fenómeno se expandió rápidamente y alcanzó los extremos del espectro social, es decir, la vivienda “de interés social” y la vivienda de estratos altos. Se entregó la ciudadanía al sistema financiero y a los apetitos voraces de urbanizadores y constructores, algunos de ellos condecorados posteriormente por sus contribuciones al país.

Los conjuntos cerrados de casas y edificios florecieron a la par de las Upac y continúan su marcha apoyados por las políticas estatales de financiación de vivienda. Algunos urbanizadores y constructores prefieren hacer casas individuales en predios mínimos, otros prefieren el sistema de edificios en altura. En los dos casos se busca obtener el mayor usufructo del espacio y la mayor rentabilidad de la inversión. Las periferias de ciudades como Bogotá se han poblado con estos conjuntos en los que las casas y los edificios se comprimen formando masas densamente construidas, bajo la mirada benevolente de las oficinas de planeación y con el beneplácito de los curadores urbanos. Se olvidan hoy las consideraciones higienistas y de bienestar del pasado. No importan el asoleamiento, la iluminación y ventilación de los espacios de la vivienda ni la disposición de espacios exteriores holgados para disfrute de los vecinos. Se piensa tan sólo en la utilidad neta que queda después de hacer unas cajas precarias que se expendan a precios inalcanzables. Para empeorar la situación, desde el punto de vista de la calidad de vida, se emplean sistemas prefabricados obsoletos, que fueron descartados hace años en sus países de origen y que sirven a la perfección para encapsular aún más los estrechos espacios de las viviendas.

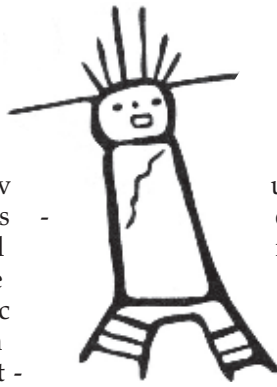
La peor faceta de la masificación de la vivienda en Colombia se encuentra ahora en la llamada “vivienda de interés social”, es decir, en aquella vivienda que se ofrece a familias de ingresos bajos pero que tienen capacidad de endeudamiento y pueden, nominalmente, pagar una vivienda en diez o quince años. La permisividad de las normas urbanas y la inexistencia de códigos de construcción y normas mínimas de calidad habitacional han conducido a extremos francamente denigrantes, por ejemplo, casas construidas en predios de tres por cinco metros, más pequeños que lo que anteriormente se destinaba como garaje en las viviendas de sectores medios. Quienes planean y construyen esos pequeños cajones de tres pisos de altura afirman hipócritamente que en ellos puede habitar una familia de cuatro o más personas, que allí pueden crecer los niños sin graves perjuicios sociológicos y que allí se encuentra la felicidad.

Lo anterior no sólo sucede en Colombia, es una situación universal. La masificación se da por sentada como parte esencial del progreso, del desarrollo urbano y de las políticas habitacionales. La diferencia entre algo mejor y algo peor la establecen los controles de calidad que, en muchos países, defienden todavía algo del bienestar común y que no han entregado la vivienda a las fuerzas del mercado. Es curioso apreciar hoy la buena calidad de algunos conjuntos del pasado, por ejemplo, de los proyectados por J. P. Oud en Holanda en la tercera década del siglo XX o, sin ir más lejos, del Centro Urbano Antonio Nariño en Bogotá.

#### LA REALIDAD DE LA MASIFICACIÓN

Dos siglos después de iniciado el proceso masificador se ha comprobado que la igualdad social no es equivalente a la uniformidad de pensamiento, que la imagen de lo mismo no es equivalente a la unidad de criterios y de gustos y que en la masificación hay un fuerte trasfondo de represión, bien sea tiránica y autoritaria, bien sea alcanzada mediante los sutiles medios de la persuasión. La individualidad, en una sociedad fuertemente masificada, es un medio de control social más que una realidad existencial. Un ciudadano medio estadounidense siente igual a sus congéneres, pero cree poseer un alto grado de libertad individual, es más, invade y mata como defensor de esos derechos.

La sustitución de la masificación y de sus efectos en la sociedad contemporánea no es tan fácil de imaginar. Hace algunas décadas, en medio de las revoluciones de Mayo del 68 en París y de los movimientos “hippies” en los Estados Unidos, se plantearon críticas a la industrialización, a la educación masificada y masificadora, a la represión social y sexual y a



muchos otros fenómenos propios de la modernidad. Como alternativa se vislumbraban retornos a la vida simplificada en pequeñas comunidades, minimización del consumo innecesario, la autosostenibilidad y la aplicación de tecnologías apropiadas para la liberación de las cadenas energéticas e industriales controladas por los grandes poderes. La globalización con esas expectativas y planteó otro tipo de retornos: el neoliberalismo económico, la concentración del poder en pocos grupos, la indiferencia frente a la pobreza y, obviamente, la intensificación de la masificación para incrementar el consumo global. Sin temor a error puede decirse que el mundo alcanza, en estos momentos, el clímax masificador. Internet lidera el proceso.

Algo quedó de los discursos de ese pasado cercano. Hoy es común hablar de sostenibilidad (o sustentabilidad) energética, del reconocimiento de la diversidad étnica, sexual y cultural, de reciclaje de residuos, de la conservación de las fuentes de agua, de la defensa de lo público, de seguridad alimentaria y de muchos otros temas que surgieron hace más o menos treinta años.

#### ¿QUÉ SIGNIFICA VIVIR EN UN MUNDO MASIFICADO?

Ya se ha dicho: entregar la voluntad, someterse, aceptar. Recibir una "caja para vivir", eso es un signo de debilidad social frente a las fuerzas del poder. Es sentir que se es lo que no es, mientras que otros aprovechan esa condición para sus intereses políticos o económicos. Es aceptar el anonimato, disfrazado de igualdad, al tiempo que algunos quieren ser más que los demás. Pero el asunto no es tan fácil, hay muchos argumentos de por medio. La necesidad de diferenciación no surge sólo de la capacidad del dinero, hay otros factores de por medio.

Se reconoce hoy en día "la diferencia", pero ese reconocimiento no necesariamente se traduce en hechos concretos. Se construyen discursos filosóficos enteros sobre el tema mientras la realidad cotidiana sigue igualmente desigual. Ser, en el mundo contemporáneo, supera los alcances de la filosofía, exige algo más. Exige, si no igualdad, al menos semejanza entre el nivel de nutrición, el nivel de educación, la calidad de la vivienda y el poder de desa-

lo material y espiritual. El sentirse iguales en una sociedad diferenciada requiere niveles de satisfacción que no dependen sólo de la capacidad de consumo. El espíritu humano se rebela contra lo material.

¿Es necesaria la masificación?

¿Habría algún día un mundo no masificado? Ese mundo existe hoy en los niveles más deplorables del aislamiento y la pobreza. La pregunta puede reformularse así: ¿habrá algún día un mundo igualitario no masificado? No se sabe.

Es interesante observar la aparición cada vez más frecuente de la palabra "social" en los discursos globalizadores. Hay una gran preocupación por la pobreza en el Fondo Monetario Internacional, en el Banco Mundial, en el Banco Interamericano de Desarrollo, en la Comunidad Europea y hasta en los cantantes de rock y pop. Las causas de esa preocupación no son las mismas. Para los primeros, la pobreza es un obstáculo para incorporar mucha más población a las redes financieras y de consumo. Para los últimos es un gesto aparente de humanidad en medio de sus jugosos contratos comerciales. La idea no es salvar la humanidad, es simplemente acomodar los intereses a realidades contundentes sin perder de vista los fines utilitaristas.

Los discursos globalizadores se diluyen y extinguen al llegar a las poblaciones pobres e indigentes del planeta. Masas humanas enteras permanecen alejadas de las redes de información y consumo y luchan desesperadamente por sobrevivir. Sus lugares habitados carecen de casi todo aquello que la modernidad ha puesto al alcance de la humanidad: servicios colectivos de agua, energía y comunicaciones, entornos saneados, oferta de alimentos, educación, salud preventiva y curativa, vivienda digna, en fin, de lo que puede considerarse un modo moderno de sobrevivir.

Pero no es la vivienda en serie la única expresión de la masificación en la ciudad. El centro comercial es hoy su competidor más fuerte. En el centro comercial se resumen los principios de la sociedad de masas expresados por Wright Mills. El ciudadano en su interior cree ser quien es, tiene aspiraciones y se escapa de su propia realidad. Allí, en su interior, se desentraña la verdadera realidad de la desigualdad.